Martha B. Loyo*

Algunas novelas de tema cristero en la historia de México

Novels on the *Cristero Movement* in the history of Mexico

Resumen

Se aborda en el presente ensayo, la novela histórica de tema cristero como un apoyo para la enseñanza de la historia de México durante los años veinte del siglo pasado, ya que si bien hay diferencias entre narrativa e historia, también se complementan. En la historia, el estudiante no cruza el espacio del texto, mientras que en la novela se vive la trama de la narración.

Palabras clave: Cristeros, Iglesia, guerra, historia, literatura

Abstract

This paper introduces the *cristero movement* themed historical novel as an adjunct to the teaching of the history of Mexico during the 1920's. Both elements complement each other in spite of being different in nature. The reader does not go beyond the text as far as history is concerned, while the novel sticks to the plot of its story.

Key words: Cristeros, Church, war, history, Literature

Fuentes Humanísticas > Año 25 > Número 46 > I Semestre 2013 > pp. 5-20
Fecha de recepción 30/10/12 > Fecha de aceptación 01/03/13

* Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores, Acatlán.

El objetivo de este trabajo es reflexionar acerca de las posibilidades que brinda la novela histórica, en la enseñanza de la historia contemporánea de México, sin que esto signifique enseñar la historia mediante la novela, porque entonces hablaríamos de un curso de literatura y no de historia. Sin pretender ahondar en la discusión de lo que fue la novela histórica clásica, desde el siglo XIX, y lo que es la "nueva novela histórica" o la novela histórica contemporánea –un debate entre los literatos especialistas–,[1] me parece necesario definir a qué le llamamos novela histórica. De manera más o menos general, es aquella que se caracteriza por la incorporación de la historia en la ficción creada por el autor, donde la historia desempeña un papel fundamental y no meramente decorativo. Lo que imprime el carácter histórico a una novela es la presencia de personajes y episodios históricos, tratados de tal modo que sufren un proceso de ficcionamiento; así, su contenido y planteamiento tendrán una relación con los aspectos significativos de la época en la cual se pretende que sucedieron los hechos narrados, y éstos serán reconstruidos con la mayor fidelidad posible. Por lo tanto, la novela debe de alimentarse de las investigaciones y los documentos con que cuenta la historia analítica.[2] Del mismo modo, la creación literaria es utilizada como fuente documental o complemento indispensable para entender la mentalidad y la sensibilidad de una época, y representa un material documental invaluable para el historiador.[3]

Sin duda existen marcadas diferencias entre la historia y la novela, ya que sus métodos y objetivos son distintos; incluso las relaciones entre ambas han sido complejas, pues la novela expresa la ficción y crea una realidad alternativa, *ficticia*, en este sentido se contrapone a la pretensión de objetividad de la historia; sin embargo, en la actualidad ambas disciplinas se complementan y se nutren de manera mutua. El historiador, como el novelista, narra sucesos y recrea e interpreta los procesos históricos y a los personajes, desde una intención de verdad y de credibilidad apoyada en una investigación empírica y documental. Como disciplina, la historia ha integrado el *imaginario* a sus preocupaciones, lo ha rastreado en los orígenes de la historiografía, y le ha dado a la imaginación un nuevo lugar, el de una realidad histórica en estrecha relación con los acontecimientos.[4]

¿Hasta dónde es necesario este vínculo entre la historia y su representación en el relato de ficción, por la relación entre el acontecimiento histórico y las novelas que se generan por dicho acontecimiento? Es fundamental, porque hay acontecimientos que inciden, afectan e influyen en el devenir de la sociedad, y es así como los protagonistas explican su presente o dan sentido y coherencia a la actualidad desde una visión crítica del pasado.

[1] Véase María Cristina Pons, *Memorias del olvido, la novela histórica de fines del siglo xx*; Karl Kohut, *La invención del pasado, la novela histórica en el marco de la posmodernidad*; *El historiador frente a la historia. Historia y literatura*; Conrado Hernández López, *Historia y novela histórica*.

[2] Antonio Rubial García, "En busca del tiempo perdido", p. 108.

[3] Fernando Ainsa, "Invención literaria y reconstrucción histórica en la nueva narrativa latinoamericana", p. 114.

[4] *Loc. cit.*

La novela histórica también representa las condiciones materiales de existencia que reflejan una determinada conciencia histórica y responden a grandes transformaciones y acontecimientos históricos que traen aparejados, como señala Noé Jitrik, la necesidad de ubicarse frente a la historia... redefiniendo la identidad frente a tales acontecimientos.[5] Esto ha llevado a los historiadores a estudiar el acontecimiento histórico desde distintas perspectivas, para comprenderlo mejor e interpretarlo con mayor objetividad. En opinión de Fernando del Paso:

> [...] toda novela es histórica en la medida en que refleja, con mayor o menor exactitud, o recrea, con mayor o menor talento, las costumbres y el lenguaje de una época, los hábitos y el comportamiento de una sociedad o de una parte de ella[6]

Así, en la novela encontramos material acerca de lugares, costumbres, sentimientos, preocupaciones y sueños de los hombres.

> [Algunas novelas] hacen reflexionar sobre la posibilidad de conocer y reconstruir el pasado histórico; otras recuperan los silencios o el lado oculto de la historia, mientras que otras presentan el pasado histórico oficialmente documentado y conocido desde una perspectiva diferente [...] muchas veces el pasado histórico que recuperan no es el pasado de los tiempos gloriosos ni de los ganadores [...] sino el pasado de las derrotas y los fracasos.[7]

Quizá algunas novelas puedan considerarse testimoniales; a decir de Jaime Olveda, testimonial es:

> [...] aquella que rescata y recoge las evidencias de lo que se ha tratado de ocultar. Esta literatura contiene el mismo fondo que la novela histórica, a la que también el lector podrá recurrir para conocer el pasado.[8]

Si bien la ficción muestra el punto de vista del autor, su ideología y su postura, su mirada desde la novela no suple de ninguna manera la de la historia, pero sí invita a entrar de lleno en la trama de la narración, vuelve partícipe al lector, quien está inmerso, sumergido en la trama; en la literatura se cruza el espacio del texto, y en la historia no; en la literatura se viven las emociones y los sentimientos, trátese del tema que sea. Como lector, se participa de las emociones, de los miedos, de la atmósfera política y social. El autor describe el temor, la felicidad, la angustia y el placer, y la mirada de la historia está fuera del texto.

Para los fines del presente estudio, se trabajó el tema de la guerra cristera, uno de los acontecimientos más traumáticos de la historia de México del siglo xx. Se trabajaron varias novelas sobre el tema, de las cuales tres son las de mayor calidad. En ellas, mediante su propia interpretación de la guerra, se recrean las imágenes generadas por el conflicto.

[5] Noé Jitrik, "De la historia a la escritura: predominios, disimetrías, acuerdos en la novela histórica latinoamericana", p. 20.
[6] Fernando del Paso, "Novela e historia", p. 91.
[7] María Cristina Pons, *op. cit.*, p. 17.
[8] Jaime Olveda, "Los libros del deseo de Antonio Rubial", p. 127.

En la novela histórica, específicamente cristera, se observa cómo la ficción suple deficiencias de una historiografía tradicional, conservadora y prejuiciada, para la cual los problemas son menores, dando voz a lo que la historia oficial ha negado, silenciado o perseguido. Así, el escritor casi siempre comparte una preocupación similar a la del historiador, pues las fuentes que buscan los escritores no son las historias oficiales, sino los documentos de los historiadores profesionales; ambos se ocupan de temas que antes no habían sido tratados y también de cuestionar de manera crítica sus fuentes.

Las novelas arrojan información que durante muchos años estuvo ausente de los programas educativos y de la historia oficial. Muestran los problemas y situaciones del conflicto mismo, la mirada va más allá de las filas, de los ejércitos, de las batallas, y rebelan el peso de éstos en las zonas rurales y urbanas, en la división de las familias, en las creencias y las posturas políticas; así mismo, dejan ver el papel de las mujeres, que apoyaron la lucha y participaban en las organizaciones católicas, entre otras.

El conflicto cristero

Durante mucho tiempo, la Guerra Cristera fue soslayada o silenciada por la historia oficial; se trataba de un acontecimiento traumático y sangriento para el nuevo Estado, surgido de la Revolución Mexicana, que en los años veinte se consolidaba como gobierno. En los trabajos historiográficos se evitó mencionar estos hechos o se distorsionaba su significación, como en los textos de Emilio Portes Gil: *Autobiografía de la Revolución* y *Quince años de política mexicana*, y en el de José Manuel Puig Casauranc: *Galatea rebelde a varios Pigmaliones. De Obregón a Cárdenas*, en el cual no aparece una sola mención del conflicto, por señalar un ejemplo.

A partir de los años sesenta es cuando los historiadores inician un revisionismo sobre varios acontecimientos, entre ellos el conflicto cristero. Éste fue abordado por Alicia Olivera Sedano[9] y Jean Meyer en su obra *La Cristiana*, trabajo pionero que sigue siendo el más importante y está respaldado por una investigación muy rigurosa y exhaustiva. Desde entonces, el interés de la historia posrevolucionaria por este conflicto ha ido creciendo, con la aparición de artículos y libros sobre el tema.

El conflicto cristero surgió a partir de la promulgación de la Constitución de 1917, con los artículos 3, 5, 24, 27 y 130,[10]

[9] Alicia Olivera Sedano, *Aspectos del conflicto religioso de 1926 a 1929. Sus antecedentes y consecuencias*.

[10] Art. 3, queda prohibida la educación religiosa en escuelas privadas y estatales. Se prohíben centros educativos dirigidos por ministros de algún culto. Art. 5, quedan prohibidos los votos religiosos y las congregaciones. Art. 24, se declara libertad de creencias y cultos. Los actos de culto quedan restringidos a los templos o domicilios particulares. Art. 27, las iglesias no pueden adquirir ni poseer o administrar terrenos, ni capitales impuestos sobre ellos. Los edificios pertenecientes a la iglesia pasan a ser propiedad de la nación y el gobierno federal determinará cuáles de ellos se destinarán al culto. Art. 130, se anula la personalidad jurídica para las iglesias. El Estado no establece como oficial ninguna religión. Los ministros se consideran profesionistas cuyo número será regulado por las autoridades locales. Sólo podrán desempeñar su ministerio en México quienes sean mexicanos por nacimiento. Los ministros religiosos quedan excluidos de cualquier actividad política y no podrán votar ni ser votados, no podrán hacer ninguna crítica hacia las leyes o las autoridades.

según los cuales la Iglesia católica y sus ministros fueron puestos bajo el control del nuevo Estado, limitando su injerencia clerical en varios ámbitos de la vida pública. Venustiano Carranza y Álvaro Obregón no aplicaron los postulados en materia religiosa, que eran muy severos; sin embargo, hubo actos ocasionales de violencia contra la Iglesia católica. En 1921, una bomba explotó debajo del altar de la Virgen de Guadalupe, en la Basílica, y una parte del altar quedó destruido; en 1923, Obregón expulsó al representante del Vaticano en México, monseñor Ernesto Filippi, después de las ceremonias celebradas con motivo de la colocación de la primera piedra del monumento a Cristo Rey, en el cerro del Cubilete, además de oír al obispo de San Luis Potosí proclamar rey de México a Cristo.[11] Filippi fue expulsado por violar la cláusula constitucional que prohíbe el culto fuera de los templos y la construcción quedó clausurada.

Más adelante, durante el gobierno de Plutarco Elías Calles, se adoptó una fuerte política anticlerical. En febrero de 1925, los militantes del movimiento de Acción Católica fueron provocados por la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), en un intento por crear una Iglesia cismática: la Iglesia Católica Apostólica Mexicana, que pretendía ser fiel a la doctrina católica, nacionalista, independiente de Roma y apoyada por el Estado. El presidente Calles exigió a los gobernadores el cumplimiento de los postulados constitucionales en materia religiosa; como respuesta, los católicos se organizaron y formaron la Liga Nacional de Defensa de la Libertad Religiosa (LNDLR). En 1926, a principios de julio, el gobierno aprobó la legislación que equiparaba las infracciones en materia de culto con los delitos de derecho común; a finales del mismo mes, en una carta pastoral los obispos respondieron suspendiendo el culto público. Los sacerdotes permanecieron ocultos, no se oficiaban misas, no había bautizos, comuniones, bodas ni ceremonia alguna.

La suspensión de cultos adoptada por el episcopado afectó directamente aspectos esenciales de la vida cotidiana de la mayoría de la población; esto provocó los primeros disturbios espontáneos y expandió la rebelión por la defensa de la fe y la religión. En agosto fracasó una tentativa de negociación entre el gobierno y los obispos; Calles expresó: "pues ya lo saben ustedes, no les queda más remedio que las Cámaras, o las armas".[12]

El Congreso rechazó la demanda de una reforma constitucional solicitada por los obispos y firmada por un gran número de católicos. En seguida se evidenció la división de los católicos: por un lado los obispos que intentaban disuadir al gobierno de la aplicación de las leyes anticlericales; por otro, la Liga, que no esperó una solución pacífica y se pronunció en las zonas del centro del país, en los estados del centro-oeste, donde hubo levantamientos armados. Un sector de campesinos y rancheros católicos tomó como grito de guerra: "Viva Cristo Rey", de ahí que el gobierno los denominara *los cristeros*. La lucha se inició cuando fue suspendido el culto

[11] John W.F. Dulles, *Ayer en México*, p. 272.

[12] Jean Meyer, *La Cristiada*, t. II, p. 294. La síntesis del movimiento cristero está apoyada en el trabajo completo de *La Cristiada*.

público; entonces, las tropas federales suspendían el culto privado deteniendo a los sacerdotes, profanando los templos, haciendo inventarios y clausurándolos. La Liga declaró el boicot económico y empezó una guerra implacable y sangrienta, en la que pelearon con gran odio, hombres y mujeres del campo. Los ministros de la Iglesia declararon que su lucha era *santa*, por la *salvación eterna* de los mexicanos; para los cristeros, la guerra tenía un sentido casi de martirologio, pues había que morir por Cristo.

Esta guerra popular, iniciada durante el gobierno de Plutarco Elías Calles, se extendió por un vasto territorio del país y se prolongó de 1926 a 1929. El número de sublevados se incrementó de 20 mil, en julio de 1927, a 35 mil hacia marzo de 1928, y se encontraban distribuidos en trece estados; en junio de 1929 alcanzó su nivel más alto: 25 mil soldados cristeros y 25 mil en guerrillas irregulares. La participación de las mujeres fue muy importante como apoyo al ejército cristero: durante la rebelión, consiguiendo parque y alimentos, y fungiendo como espías, y como parte de las Brigadas Femeninas Santa Juana de Arco. En los pueblos, la gente respetaba y obedecía a los sacerdotes.

Finalmente, el gobierno logró un acuerdo con la Iglesia y evitó que se diera una alianza con José Vasconcelos, el candidato a la presidencia de la República. El conflicto se resolvió entre el 12 y el 21 de junio de 1929; se consiguió una solución pacifica: dos representantes del episcopado mexicano se reunieron con el presidente Emilio Portes Gil, e intervino también el embajador estadounidense Dwight Morrow. La ley de 1926 se mantuvo vigente, pero no se aplicó, y el clero pudo reanudar los cultos; se ordenó a los cristeros el licenciamiento, incluso algunos sacerdotes se encargaron de desarmar a las fuerzas cristeras. Muchos no estuvieron de acuerdo con los arreglos entre la Iglesia y el gobierno, ya que no se obtuvo ninguna declaración escrita, ni se derogaron las leyes anticlericales que dieron origen al levantamiento.

Los cristeros, con su silencio resignado, y los jefes de la Liga manifestaron su decepción y el abandono de la jerarquía eclesiástica. Muchos líderes cristeros no depusieron sus armas, así que fueron perseguidos y asesinados; hacia 1933 hubo un brote menor y disperso llamado la Segunda Rebelión Cristera. Éste fue un movimiento desesperado que se enfrentó a la oposición del Estado y aun de la jerarquía eclesiástica, pues en algunos casos excomulgó a las fuerzas rebeldes. Esta segunda rebelión se sostuvo casi hasta 1940, cuando se rindieron los últimos cristeros. Aunque la Guerra Cristera se puede considerar como la historia de un fracaso, dejó claro ante el régimen posrevolucionario que el Estado como poder absoluto tenía límites.

Concluido el conflicto, y ante las condiciones de silencio impuestas por el gobierno y la Iglesia, la única manera de registrar los hechos fue por medios de las novelas. La narrativa de tema cristero ofrece material de apoyo a los documentos históricos, pues los textos literarios muestran una imagen y una interpretación de la guerra desde la posición del autor y permiten distinguir las relaciones entre historia y ficción. Así, en la creación literaria se asimila un material histórico cuantioso y, en algunos casos, aparecen rasgos similares al relato historiográfico, ya que desde la

ficción se pretende reconstruir el pasado. También se recrean los valores ideológicos y las visiones históricas.

La Guerra Cristera marcó profundamente a las generaciones que la vivieron, y al término del conflicto se plasmaron dos interpretaciones del acontecimiento. La primera por parte de los partidarios de la rebelión, quienes lo consideraron una legítima defensa del pueblo ante el violento ataque de un gobierno ateo, calificado de bolchevique, que pretendía atentar contra el sentimiento religioso, tan arraigado en los mexicanos, hasta eliminarlo. Y la segunda interpretación: según los gobiernistas, no pasaba de ser un movimiento desarticulado de campesinos engañados, catalogados como fanáticos, y manipulados por la reacción: los curas y los hacendados que se negaban a perder sus privilegios al oponerse a un proyecto progresista y modernizador.[13] Estos dos puntos de vista eran irreconciliables y muy ideologizados: con su lucha, los cristeros defendían la causa de Dios, su religión, a los santos y su iglesia, a sabiendas de que podían morir, pero ganarían el Reino de los Cielos; mientras que para Obregón y para Calles, esa postura era una traición a los principios por los que se había levantado en armas el país; era contraria al progreso, es decir contraria a los campesinos.

Tradicionalmente, las novelas con el tema de este conflicto se clasificaron como novelas cristeras; sin embargo, esta denominación es inapropiado, ya que no todas –de hecho la mayoría– fueron escritas por cristeros, ni defendían la causa de éstos; por lo tanto, se llaman *novelas de tema cristero* o *novelas de la Guerra Cristera*.[14] Algunos críticos las calificaron como *literatura reaccionaria* o novelas de la contrarrevolución, pues consideraron a los escritores como enemigos de la Revolución Mexicana;[15] sin embargo, más bien fueron divulgadores de una visión de la historia, distinta a la revolucionaria. En opinión de Álvaro Ruiz Abreu, "a diferencia de la novela de la revolución, la cristera es más dogmática y cruda",[16] y se estructuró desde y para la conciencia colectiva, además de las preferencias políticas, sociales y religiosas de sus autores. De igual manera, se le catalogó como tradicionalista, ya que en sus páginas aparece toda la corte celestial: la virgen, los mártires, los santos, los ángeles y el diablo, hay referencias a los Evangelios y la trama –la vieja lucha entre el bien y el mal– está llena de profecías, milagros y visiones, que los alzados suelen tomar como auxilio divino. Los católicos ridiculizaron y denigraron al enemigo, el Estado posrevolucionario, y lo convirtieron en un elemento diabólico.[17]

En las obras *Los cristeros. La guerra santa de Los Altos* (1937), de José G. de Anda; *Pensativa* (1945), de Jesús Goytortúa, y *Rescoldo* (1961), de Antonio Estrada, se muestra no sólo la aparición del conflicto cristero como tema central, sino la presencia de acontecimientos históricos concretos, como la suspensión de cultos, el boicot, los arreglos, la segunda rebelión, entre otros, y distintos grupos

[13] Ángel Arias Urrutia, *Cruzados de novela. Las novelas de la Guerra Cristera*, p. 90.

[14] *Ibidem*, p. 92.

[15] Adalbert Dessau, *La novela de la Revolución Mexicana*, pp. 290-292.

[16] Álvaro Ruiz Abreu, *La cristera, una literatura negada*, p. 108.

[17] *Ibidem*, pp. 77-81.

sociales, como los campesinos cristeros, los católicos de las ciudades, los rancheros, los militares, el clero y los políticos. También destacan una trama secundaria de tipo amoroso y juicios ideológicos sobre lo que se narra; el escenario corresponde evidentemente a la zona de El Bajío y los estados del centro-oeste del país.

Los cristeros
La guerra santa en Los Altos[18]

José Guadalupe de Anda nació en 1880, en San Juan de los Lagos, Jalisco, región de Los Altos, donde la guerra fue más álgida. El también escritor fue diputado en 1918 y senador por Jalisco en 1930; murió en 1950. La historia de *Los cristeros...* se desarrolla en San Miguel el Alto, en la familia del ranchero Ramón Bermúdez: su mujer y sus hijos, Policarpo y Felipe, además de su madre, María Engracia, y el tío Alejo. La abuela Engracia, ferviente mujer católica que se apega a la defensa de los sacerdotes y de la religión, que cree amenazada por el gobierno, impone reglas y tradiciones heredadas de padres a hijos; Felipe, en cambio, ve el conflicto como obra de los curas, quienes condujeron a los campesinos a una guerra sabiendo que iban al fracaso. Policarpo cree que el conflicto cristero es en defensa de la justicia del pueblo y se incorpora a la rebelión; Ramón es creyente y acepta la religión, pero no tiene una posición radical, y el tío Alejo se mantiene imparcial. Policarpo dirige el levantamiento, y el padre Vega los conduce espiritualmente y crea un ejército de trescientos rebeldes, que roban y amedrentan a los rancheros y matan a los agraristas. Ciertamente el enfrentamiento entre cristeros y agraristas fue de alcances terribles. Si bien es la historia de la derrota de unos hombres levantados en armas contra el gobierno, también es la expresión de una voz colectiva que habla desde su terruño y representa el lenguaje popular de los rancheros:

> —Buenos días le dé Dios, don Ramón.
> —Buenos te los dé a ti, Chancharras.
> —¿Pa' Caballerías; a la peregrinación?
> —¡Ah!, pos yo también voy pa' allá; si gusta le haré compañía.
> —Sí, arrímate. ¿Qué sabes de la refolufia; se vendrá la bola?
> —Pos oiga, l'amo, yo creo que sí. La gente y sobre todo las mujeres, están muy alebrestadas.
> Incolaza, mi mujer, dende ayer no me ha dejao en paz, haciéndome cargos de conciencia si no venía a la pelegrinación. Y usté sabe, don Ramón, lo que son las mujeres... Sobre todo cuando train encima a los padrecitos, no lo dejan a uno ni resollar; todo el santo día están friegue y friegue...
> No embargante de que dejé mis laborcitas tiradas, aquí me tiene en camino pa' la peregrinación, pero hasta ai nomás, que lo que es la bola no me meto.[19]

La novela muestra las distintas posturas que asumen los personajes en el conflicto, lo cual permite una visión más equilibrada y con amplios matices de lo que fue el conflicto social. No se trata de la versión oficial, ni de la versión de la Iglesia católica; sin embargo, para algunos

[18] José Guadalupe De Anda. *Los cristeros, la guerra santa en Los Altos*.

[19] *Ibidem*, pp. 22-23.

es una novela anticristera,[20] ya que en gran medida, los culpables del conflicto son los sacerdotes, quienes azuzaron a los campesinos para que participaran y exigieran venganza, y fueron intransigentes con el enemigo:

> —...como los cruzados en los heroicos tiempos de la Iglesia, nosotros, soldados de Cristo, debemos ir a morir por él —dice con voz patética el párroco.
>
> Este gobierno impío, después de habernos arrebatado el patrimonio de la Santa Iglesia; después de haber dictado leyes que nos amordazan y conculcan las conciencias de los niños, nos cierra templos, nos persigue como a unos criminales, y nos quiere arrebatar a Dios, entregándonos maniatados a Satanás... Mas no hay que dejarlo; ¡hay que ir contra él!, ¡hasta aniquilarlo!, ¡hasta acabar con el último judío de ellos! —grita enardecido.[21]

Para Álvaro Ruiz, la novela tiende a confirmar que la Cristiada fue una lucha sin objetivos, caótica, cuyo lema fue matar en nombre de Dios.[22]

Pensativa[23]

Jesús Goytortúa Santos nació en San Luis Potosí, en 1910; estudió derecho y filosofía. Fundó una revista bimensual llamada *Las Democracias*; obtuvo el premio *Lanz Duret* en 1944. Murió en 1979.

La narración que nos ocupa es una historia de misterio y de amor: Roberto, oriundo de la capital, va a un pueblo de provincia en donde se encuentra con una serie de historias y enigmas, pero también con una mujer hermosa llamada Pensativa (Gabriela Infante); se enamora de ella y lucha por tenerla a su lado, sin éxito. La obra relata el proceso de la lucha cristera, seis años después de concluido, cuando los participantes inconformes quedaron con un sabor amargo y una euforia contenida por la manera como se llevaron a cabo las negociaciones entre el gobierno y los sacerdotes. Una disputa que hubieran querido continuar y ganar. A la par que crece el amor de Roberto por Pensativa, surgen las dudas sobre el comportamiento de ella y sus miedos. Vive en una hacienda destruida, vieja y pobre, rodeada más que por hombres fieles, por miserables salvajes de malos modales que la ven como a una santa, una mujer perfecta. Admiran su valentía, su pureza y devoción, pero lo que despierta las sospechas de Roberto es que el hermano de Pensativa, un líder cristero asesinado salvajemente en medio de traiciones, angustias, dolor y muerte, fue vengado por La Generala, una mujer temible que luchó con gran temple y coraje, haciendo justicia por su propia mano; posee una belleza sin par, se le compara con Juana de Arco, y además pelea por la religión, así que se le considera una santa. Al final se revela la auténtica identidad de Pensativa: es la misma Generala.

Si bien la historia es ficticia, la participación de las mujeres en la Cristiada fue muy significativa, ya que apoyaron moral y activamente el movimiento, como lo señala Agustín Vaca:

[20] Ángel Arias Urrutia, *op. cit.*, p. 92.
[21] José Guadalupe De Anda, *op. cit.*, p. 28.
[22] Álvaro Ruiz Abreu, *op. cit.*, pp. 191-192.
[23] Jesús Goytortúa Santos, *Pensativa*.

> mientras los testimonios de los cristeros [...] muestran a las mujeres sólo como secundadoras importantes de las iniciativas masculinas, la memoria popular, sobre todo la que pervive en las áreas rurales y la mayoría de las novelas de tema cristero, coinciden en señalarlas como las principales promotoras e instigadoras de la rebelión.[24]

Organizaron en Jalisco las Brigadas Femeninas, que era una red clandestina de información, propaganda, recursos económicos, apoyo a los combatientes con armas y municiones. Pensativa representa, de cierta manera, a quienes formaban las Brigadas Femeninas, convertidas en heroínas católicas.

El autor mantiene una distancia de los hechos y de la ideología cristera, y muestra la parte terrible de la guerra, con las atrocidades cometidas en ambos bandos:

> —¿Qué quieren que se le haga a este hombre? —preguntó.
>
> —Mi Generala —respondió el Desorejador—, Muñoz le sacó los ojos al cadáver de mi general Infante. Lo mismo se le hará a él.
>
> —Acepto —respondió La Generala, a la que no podía importarle tanto que maltrataran a un cadáver.
>
> Pero el Desorejador era el hombre más rencoroso de la tierra.
>
> —Lo mismo le haremos a Muñoz —dijo—, pero se lo haremos antes de que muera y así se cumplirá lo que le anunció el general cuando lo iban a colgar: tu muerte será peor que la mía.
>
> —¡Sí, sí, vivo! —gritaron los hombres frenéticos.
>
> Muñoz empezó a aullar y a pedir misericordia. La Generala y Cornelio ni intentaron imponerse. Ninguno de ellos podía salvar a Muñoz y en cambio su autoridad podía comprometerse. Los hombres habían perdido la cabeza y se habrían rebelado. Entonces hubiera venido la ruina de la tropa y lo que es peor, el desprestigio de la Generala. La habían conocido resuelta, fuerte, implacable y hubiera sido peligroso el que se dudara de su energía. La Generala aceptó el suplicio.[25]

Rescoldo[26]

Antonio Estrada nació en Santa María de Huazamota, San Francisco de Mezquital en Durango, zona de tepehuanes, en 1927; después estudió periodismo en la escuela Carlos Septién García. Murió en la capital en 1968. Fue hijo del coronel Florencio Estrada, quién se integró al ejército libertador cristero en Durango y murió en la Segunda Cristiada; así que Antonio vivió como espectador y protagonista la segunda rebelión cristera, e incluso asistió en México, a la escuela para huérfanos de cristeros. Estrada vivió el conflicto durante su niñez y presenció los hechos que reproduciría años después en su obra literaria. Para varios críticos, *Rescoldo* es la mejor novela cristera y la única exclusivamente sobre cristeros.[27] Al respecto,

[24] Agustín Vaca, *Los silencios de la historia: las cristeras*, p. 21.

[25] Jesús Goytortúa Santos, *op. cit.*, pp. 93-94.

[26] Antonio Estrada, *Rescoldo*.

[27] José Luis Martínez en la presentación de la novela *Rescoldo*, pp. 5-6; Álvaro Ruiz Abreu, *op. cit.*, pp. 287-298.

Jean Meyer se refiere a un comentario de Juan Rulfo:

> [...] ese muchacho, hijo de un jefe cristero de Durango, muerto en combate en la Segunda, cuenta en *Rescoldo* la reanudación de la guerra y la voluntad lúdica y desesperada de esos hombres condenados a morir de pie, con las armas en la mano. Un lenguaje perfectamente dominado, al servicio de un pensamiento tan claro como simple hace de este libro el único libro, obra novelesca u obra histórica, escrito sobre los cristeros.[28]

La historia es la huida de Florencio Estrada, en 1934, con su familia y sus seguidores a la sierra de Durango, con el fin de reactivar la antigua lucha. Ésta debía seguir pese a los *arreglos* de 1929, aun cuando se había reanudado el culto católico y amnistiado a los cristeros, porque muchos fueron asesinados y casi no había habido cambios; además, porque los cristeros estaban obligados a mantener el juramento de defender a la Iglesia como una *voluntad de Dios*, por entregarse a esa causa. Con el grupo de levantados van animales: dos perros, un tejón y unos venaditos. Algunos amigos del gobierno tratan de persuadir a Estrada de que desista de esa lucha, pero es inútil y todos van a la muerte. La historia es desdichada, pues saben que perderán la tierra y ganarán el cielo; Estrada y sus hombres se enfrentan a una situación terrible, por la falta de alimentos y de armas, y por la dispersión de las familias en la sierra, y al final por la traición de su compadre, quien lo entrega a los federales:

> Ahí va tu máiz, amigo Lara. Ni yo esperaba que en Capistrano hubiera un cabrón así. Arrímate a mi caballo [...] Mira, Lara: ojalá te alcances a gastar los cien pesos éstos. No olvides que sigue resollando Jesús, el otro hermano de Florencio. Por si no lo sabes, te aviso que es de los que se cobran por su propia mano.[29]

Características comunes

La relación entre ficción e historia permite la convivencia de espacios verificables con otros creados por la imaginación de los escritores; un ejemplo es la guerra en Durango, durante La Segunda: la novela *Rescoldo* muestra con gran fuerza la agonía del movimiento cristero en la sierra; otro ejemplo está en *Pensativa*, que quizá toma como referencia la tierra natal del autor, es decir el campo potosino: crea un espacio autónomo, ficcional, en donde se desenvuelve la acción novelesca, aunque se hace hincapié en sitios reales, como Los Altos, Guanajuato, Guadalajara, Salamanca, Querétaro.

Otra característica común a este grupo de novelas es la forma de hablar lugareña, se describen las costumbres y el carácter especial de la gente de una región. En *Los cristeros* hay una recreación de la sociedad de Los Altos: el modo de vida, trabajo, fiestas, ideologías, familia, pero sobre todo el lenguaje. La descripción física de la región refleja la realidad, pero también hay una crítica negativa en esa descripción: hacia el aislamiento respecto de todo lo que viene de fuera, hacia la exaltación de la violencia como

[28] Jean Meyer en el prólogo de la novela *Rescoldo*, pp. 7-11.

[29] Antonio Estrada, *op. cit.*, p. 244.

rasgo del machismo y hacia la gran influencia del clero sobre la mujer.

Rescoldo, la única novela realmente cristera, otorga a los campesinos y rancheros cristeros todo el protagonismo e intenta rescatar su idiosincrasia; el modo de ser y de hablar de la gente del coronel Florencio Estrada retrata el paisaje de la sierra duranguense, como realidad vivida, interiorizada como refugio y trampa. En contraste con la novela *Los cristeros*, aquí el papel principal se les da a campesinos y rancheros, y el escenario es el campo.

En *Pensativa* se narra el ambiente de la lucha armada y el de los pueblos, donde los civiles participan de distintas maneras en el conflicto: en el campamento cristero se reúnen las clases populares junto con algunos jóvenes católicos de mayor nivel económico y cultural; mientras que los protagonistas de la resistencia civil contra el gobierno pertenecen a las clases medias. Este aspecto que se muestra en las novelas corresponde, en buena medida, a la realidad.

Lo que se juzga en *Pensativa* es la guerra misma como un horror en el que se ven inmersos ambos bandos. El vínculo con el pasado histórico se establece casi como un destino trágico:

> [...] la Patria parece estar abocada a una lucha sin fin. ¿Qué no habrían visto aquellos ojos duros, avezados en todos los trances de la guerra?, ¿cuántas veces el terror del acoso no habría enloquecido aquellos cerebros? Las fugas a mata caballo, las venganzas más bestiales, los dolores más acerbos, los saqueos, los ultrajes, los incendios, las fusilatas, toda la furia de la guerra civil habían pasado sobre esa pobre gente y la había sellado para siempre [...] ¿Pero cuántos hombres, me dije, han sido ahorcados en México en lo que va del siglo? Desde que empezaron en la Patria las guerras civiles, ¿cuantos infelices han sido fusilados, estrangulados, atormentados?[30]

Es de notar que en *Pensativa* y en *Rescoldo*, se da un valor simbólico a espacios físicos, como la sierra, donde los cristeros se refugiaban ante la ofensiva oficial, y se le da un sentido de pureza sinónimo que supone una iniciación, una purificación que prepara a los combatientes para recibir el martirio.

Los personajes

En cuanto a los personajes de las novelas, se da una combinación entre los ficticios y los que son tomados de la realidad, como en *Rescoldo* donde el personaje es el coronel Florencio Estrada y toda su tropa, y en *Pensativa*, donde el personaje femenino es ficticio. En *Los cristeros*, Policarpo Bermúdez, el viejo cristero de Los Altos, es un verdadero modelo del héroe-protagonista, que servirá para otros autores; a través de este héroe popular se recoge el ambiente costumbrista y el perfil típico del ranchero que lucha sin ser consciente de la causa que defiende, movido más por la aventura del combate, que por defender la religión. El juicio histórico que se desprende queda expuesto en esta novela, ya que subraya la bondad de los rancheros alteños, quienes debido a su ignorancia y a las provocaciones del gobierno son manipulados

[30] Jesús Goytortúa Santos, *op. cit.*, p. 43.

por el clero y las clases altas, para lanzarse a una guerra suicida.

Respecto a la heroína cristera, se observa una de las características principales de estas novelas: el protagonismo que adquieren los personajes femeninos marca una diferencia respecto de las novelas de la Revolución, donde la mujer apenas aparece y no tiene ninguna importancia. El objetivo de estas mujeres era luchar hasta morir, como las soldaderas, pero a diferencia de éstas, el origen de su lucha era espiritual; participaron en las trincheras y los cuarteles, en los templos y en las casas, para lograr el retorno del reinado de Cristo. Éste sería el caso de la Gabriela Infante de *Pensativa*, en la cual se plantea la búsqueda de la identidad de esa hermosa joven, y hasta el final se descubre la verdad.

Encontramos en estas novelas otros personajes femeninos importantes: Marta Torres, en *Los cristeros*, se enamora de Policarpo Bermúdez y cuando va al campamento cristero, desempeña una misión de guerra; en *Rescoldo*, Lola, la mujer de Florencio Estrada, se niega en principio a la decisión de su marido de asumir el riesgo de sumarse a la guerra. En estos textos se muestra el heroísmo de las mujeres que arriesgan la vida por una causa en la que creen profundamente.

Otro personaje recurrente es el sacerdote, quien ocupa un lugar destacado como personaje negativo y positivo. En *Rescoldo* aparece un sacerdote que llega a excomulgar a los últimos cristeros, aunque también aparece otro que, en la clandestinidad, les muestra su apoyo.

Conclusión

La novela de la Guerra Cristera siempre hará referencia a lo histórico, a la necesidad de fijar o interpretar lo acontecido, la búsqueda desde la memoria para explicar el presente confuso y denunciar la injusticia. Los narradores dan testimonio de lo ocurrido durante el conflicto y quieren mostrar su sentido de realidad. La historia es constante y se observa a través de personajes históricos, de sucesos reales, incluso por medio de documentos, como en el trabajo del historiador: cartas, periódicos, discursos y, junto a esta reconstrucción del pasado, ofrecen también un juicio como interpretación del conflicto. El escritor que narra desde dentro de la historia es quizás quien le da mayor realismo, ya que cuenta lo vivido o ha sido testigo presencial o protagonista de los hechos, y puede parecer menos objetivo.

¿Es posible catalogar la novela de tema cristero como novela histórica? Generalmente se acude a la distancia temporal entre la narración y el hecho narrado como criterio válido para etiquetar la novela histórica; si esto es así, entonces la novela de la Guerra Cristera, por la cercanía con los acontecimientos, se excluiría de la novela histórica. Sin embargo, consideramos que más allá de estas discusiones, lo que parece válido es la relación historia-novela.

Las novelas, entonces, nos permiten conocer la interioridad de los personajes y sentirnos inmersos en su mundo y su ambiente. En *Pensativa* son evidentes las continuas dudas respecto a su pasado y también sobre su mundo interno, incluso algunas actuaciones están rodeadas de misterio y de intriga:

> ¿Cómo podré describir el singular encanto de aquellos ojos profundos, en los que una pena largo tiempo soportada hacía desplegarse la corola de un hechizo sobrehumano? La nariz, recta, nacía de una frente de Madona, sobre la cual la misma arraigada pena no trazaba arrugas, sino que arrojaba como el espectro de una idea anclada, el bosquejo de una imagen dolorosa. La boca, corta y dibujada tenía en las comisuras una leve marca de entusiasmo y de resolución. Su cutis ostentaba ese dorado transparente que el sol vierte sobre una piel blanquísima; el pelo castaño claro, recogido sobre la nuca, dejaba libres las orejas sin pendientes.[31]

Roberto, el protagonista, describe su primera percepción de Pensativa, llegando a las actitudes internas de la joven a través de sus rasgos físicos.

En *Rescoldo*, los hechos son narrados desde la mirada del hijo del coronel Estrada; así, desde la visión del niño se abordan los episodios de la guerra sostenida por su padre: con su chispa de aventura, los temores de ser sorprendidos, el contacto brutal con la muerte, la vida casi salvaje a la intemperie, los momentos de victoria y de celebración, las escenas de la rutina familiar. Uno de los episodios cruciales es la despedida del coronel de su familia, antes de su última batalla:

> Papá fue besando a uno por uno, acariciando caras y repasando los motes de cada quién [...] A mamá sólo la beso en la frente, en las trenzas y en los cachetes trigueños. Ni una palabra, porque con ella decían más aquellos cariñitos. A los chicos por parejo nos recomendó: No hagan arruinar nunca a su madre y obedezcan sin retobo lo que les mande. Quiéranla harto, harto... y no dejen de rezar por mí ni un sólo día.[32]

Luego se adelanta con el hijo mayor, Antonio, para poder hablar a solas y le pide que lo acompañe durante un rato:

> Se fue callado buen trecho del camino. Ya nos metíamos en lo más tupido del pinar y diatiro me comencé a mosquear. Escurría tantita agua de sus ojos, por más que los escondía canteando de mi lado su tejana. Hasta pensé que ya no seguiría hablando. Pero luego de tragar unas madejas de saliva, siguió ahora con palabras como acompasadas al medio trote de las remudas... Por todo lo que más quieras me vas a prometer esto: conseguirás que tú y tus hermanitos estudien en el colegio donde parará su camino. De ese modo se harán hombres de provecho, para que ayuden a su madrecita y se basten solos... Ahora sí, dijo a tiempo que me echaba la bendición, hasta aquí me dejas, hijo. Y se hacía más recio, para que los párpados se tragaran su pesar.[33]

Los cristeros gira, evidentemente, alrededor de la guerra, de los cristeros, los federales y la gente partidaria de uno y otro grupo, o de ninguno: una familia, los Bermúdez, donde se teje la trama, pero lo importante es que lo social, lo político y lo religioso se unen en esta novela. Las distintas posturas respecto al conflicto se ven en dos personajes fundamentales

[31] *Ibidem*, p. 13.

[32] Antonio Estrada, *op. cit.*, p. 220.
[33] *Ibidem*, pp. 222-223.

que son hermanos: Policarpo y Felipe; el primero poco a poco va convirtiéndose en un héroe, y el segundo, contrario desde un principio a la guerra, representante del progreso, de ideas avanzadas y defensor de los ideales revolucionarios, juzga cuanto acontece. El cura ha congregado a la población, y en el sermón, lleno de dramatismo, los exhorta a luchar por la causa cristera, los labriegos se miran entre sí, sorprendidos del sesgo que se está dando a la peregrinación.

> Felipe los observa y nota cómo tosen los hombres de bien para disimular su turbación y fijan sus inquietas miradas en la doliente cara del Divino Señor, como interrogándolo, o voltean alarmados hacia los santos, cuyo aspecto inmutable los confunde, obligándolos a inclinar la cabeza, resignados, perplejos. Descubre las miradas expresivas de los turbulentos que parecen decirse: ¡ya se hizo! Se resigna a seguir escuchando aquel sermón que más que esto es una proclama subversiva.[34]

Otra función que cumple el mundo interior de los personajes es mostrar las motivaciones de los campesinos alteños, para lanzarse a la guerra; explica y comprende la actuación de los sublevados: no los juzga fríamente desde afuera, sino que se intenta reconstruir la vivencia de ellos y sus razones. El papel de *malos* lo tienen los curas que alientan y participan en la guerra, y quienes asumen la culpa de todos los crímenes que el conflicto trae. Aquí se observa cierto maniqueísmo, por ejemplo:

> Más que padre, parecía uno de tantas panteras salido del mismo Rincón de Chávez o venido de Tacoitapa... no iba a defender la doctrina de Cristo; iba a hacer la lucha para llegar a obispo, canónigo o cuando menos a cura de un curato mejor.

Finalmente, creo que las novelas históricas, relatos que por su construcción literaria pertenecen a otro registro, el de la ficción, ofrecen a los estudiantes un acercamiento a los acontecimientos históricos y pueden considerarse un apoyo necesario en la enseñanza de la historia. Lo importante de la novela es que atrape a los alumnos, que además de los elementos históricos en el conflicto de la Cristiada, cumpla literariamente con los cánones de calidad, permitiendo que un libro bien escrito los enriquezca y cuenten con elementos que adquirieron por placer. Transmitir de distinta manera a lo alumnos, información de un acontecimiento histórico significa ampliar su horizonte formativo. Las novelas al contextualizar el momento describen el ambiente, el paisaje, la recuperación del lenguaje; estas cualidades literarias las imprime cada autor al capturar el registro de ese periodo: información religiosa, tradición, valores de la vida cotidiana, creencias de una zona del país con características específicas. Con estos elementos es posible despertar el interés del alumno para abrirse al conocimiento, tocar fibras sensibles para motivarlo y acrecentar el conocimiento de la historia de su país.

Así, la novela y la historia se complementan. Esto representa una herramienta que, además de posibilitar la participación de lo narrado, estimula el

[34] José Guadalupe De Anda, *op. cit.*, p. 29.

interés por el conocimiento histórico, pues no podemos hacer a un lado que incluso la historia menos descriptiva es una historia que utiliza las figuras y los procedimientos de la narración.

Bibliografía

Ainsa, Fernando. *La invención del pasado, la novela histórica en el marco de la posmodernidad.* Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuret, 1997.

Arias Urrutia, Ángel. *Cruzados de novela. Las novelas de la Guerra Cristera.* España, EUNSA, 2002.

De Anda, José Guadalupe. *Los cristeros, la guerra santa en Los Altos.* México, Compañía General Editora, 1941.

Del Paso, Fernando. "Novela e historia". Conrado Hernández. Coord. *Historia y novela histórica*. México, El Colegio de Michoacán, 2004.

Dessau, Adalbert. *La novela de la Revolución Mexicana*. México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

Dules, John W. F. *Ayer en México, una crónica de la Revolución, 1919-1936*. México, Fondo de Cultura Económica, 1977.

Estrada, Antonio. *Rescoldo*. Present. de José Luis Martínez, Prol. de Jean Meyer. México, Jus, 1999.

Goytortúa Santos, Jesús. *Pensativa*, XXV ed. México, Porrúa, 2003.

Hernández López, Conrado. Coord. *Historia y novela histórica*, México, El Colegio de Michoacán, 2004.

Jitrik, Noé. "De la historia a la escritura: predominios, disimetrías, acuerdos en la novela histórica latinoamericana". María Cristina Pons. *Memorias de olvido, la novela histórica de fines del siglo xx*. México, Siglo XXI Editores, 1996.

Meyer, Jean. *La Cristiada*. México, Siglo XXI Editores, 1973.

Olivera Sedano, Alicia. *Aspectos del conflicto religioso de 1926 a 1929. Sus antecedentes y consecuencias.* México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1966.

Olveda, Jaime. "Los libros del deseo de Antonio Rubial". Conrado Hernández. Coord. *Historia y novela histórica*. México, El Colegio de Michoacán, 2004.

Pons, María Cristina. *Memorias del olvido, la novela histórica de fines del siglo xx*. México, Siglo XXI Editores, 1996.

Rubial, Antonio. "En busca del tiempo perdido". Conrado Hernández. Coord. *Historia y novela histórica*. México, El Colegio de Michoacán, 2004.

Ruiz Abreu, Álvaro. *La cristera, una literatura negada*. México, Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco, 2003.

Vaca, Agustín. *Los silencios de la historia: las cristeras*. México, El Colegio de Jalisco, 1998.